

PANORAMA INTERNACIONAL

SE decía en España que «un americano pobre es aquél que tiene que lavarse su propio coche». Como todas las frases de humor esta definición encierra una considerable injusticia. Quien hubiera leído al John Dos Pasos de antes de MacCarthy, a Steinbeck, a Erskine Caldwell, a cualquiera de los maestros de la novela social americana, sabía perfectamente que el pobre americano —el americano pobre, por evitar confusiones— tenía una existencia tan dramática como la del pobre de cualquier otro país, y apenas si tenía ocasión de lavar los coches de ciudadanos más afortunados. Sin embargo, la existencia pública, conocida, del americano pobre fue dejando de ser visible. Las transformaciones nacionalistas de los sindicatos abandonaron la lucha de clases, las guerras aglutinaron circunstancialmente el problema, el technicolor de Hollywood propagó la idea de la riqueza americana; finalmente, la curiosa insistencia de los Estados Unidos por ocuparse de los pobres de otros países hizo casi olvidar definitivamente la existencia de ciudadanos pobres en lo que aparecía como la Jauja del mundo.

Hoy reaparece el pobre americano como una entidad política. Es una era de revisiones, y Estados Unidos revisa su propia pobreza. Johnson acaba de lanzar un mensaje al Congreso en el que promete «una victoria total», organiza un cuerpo de voluntarios y pide la aprobación de un presupuesto —modesto— de 962 millones de dólares. Johnson ha hablado sin duda con acentos de emoción ante el Congreso, porque él mismo ha sido pobre en Tejas, y esa situación no se olvida nunca. Pero probablemente no es sólo un regreso de su conciencia el que le hace hablar así. La presión de las clases desheredadas es creciente: su número también. Recientemente el libro de un sociólogo americano describiendo la pobreza de amplias zonas nacionales se convirtió, a pesar de la aridez de su tema científico, en un «best seller». Y hace unas semanas una revista de la trascendencia y la difusión de «Time» dedicó su portada y un amplio número de páginas ilustradas a la existencia de la pobreza en el país. Este tipo de «descubrimientos» es importante en el momento en que se desarrolla una campaña electoral, y un Presidente que va a enfrentarse con las urnas en un plazo de meses no puede pasar el tema por alto. Lo ha recogido inmediatamente, lo ha lanzado con limpieza. Es probable también que la mayor parte de las ideas expuestas no sean suyas, y que el discurso que pronunció el 16 de marzo ante el Congreso esté nutrido por el trabajo que dejó hecho Kennedy o, más exactamente, que dejó encargado unos días antes de su muerte a un equipo de especialistas. Kennedy, que



no había sido nunca pobre —su familia es una de las más ricas de Estados Unidos— había sentido la presión del problema.

Cuando este drama social aparece de cerca vemos lo lejos que está la realidad de la famosa frase acerca del hombre que lava su propio coche. Probablemente la línea de pobreza que traza la Oficina de Estadísticas Laborales de los Estados Unidos no es descriptiva por sí sola para el lector español, por la enorme variación de relatividad entre precios y salarios. Se considera oficialmente pobre a un ciudadano de Estados Unidos que gana menos de dos mil dólares al año. Esto supone diez mil pesetas mensuales, en una traducción directa de las cifras. Calculando no por individuos, sino por familia, es oficialmente pobre una familia cuyos ingresos totales sean inferiores a cuatro mil dólares al año, o sea veinte mil pesetas al mes. Repito que toda comparación entre estas cifras y el nivel de vida español es absolutamente inoperante. La realidad es que una familia con esos ingre-

nos en los Estados Unidos sufre hambre y padecimientos físicos, es víctima de una mortalidad mucho más elevada que la media de la nación, no tiene acceso a la educación y pierde sistemáticamente las posibilidades de readaptación. En esta situación hay en los Estados Unidos 35 millones de personas. Esto es, más de la población actual de España.

Por otra parte, la situación moral del indigente en Estados Unidos es también esencialmente distinta a la del europeo. En Europa la pobreza no es una situación indigna: no indica habitualmente un fracaso social. Es una consecuencia de las circunstancias, de las guerras, de los grandes desplazamientos de masas, de la escasez de mano de obra. Es, muchas veces, circunstancial. En Estados Unidos, teóricamente, constituye un fracaso definitivo. Se trata de una sociedad que proclama que la apertura de oportunidades es igual para todos, que se puede llegar «de vendedor de periódicos a millonario», que todo el mundo tiene «un lugar al sol». El indigente eu-

EL AMERICANO POBRE

ropeo puede culpar a la estructura social injusta; el indigente americano se ve culpado por la sociedad de no haber sido capaz de aprovechar las oportunidades que le da la organización. Sobre todo en cuanto se refiere a los blancos. Es normal que un negro sea pobre, puesto que se le niegan las oportunidades —de hecho hay dos millones de familias de negros incluidos en los nueve millones de familias que forman el censo total de la pobreza en Estados Unidos—; pero es anormal que lo sea un blanco. (Erskine Caldwell ha descrito admirablemente esta situación del blanco pobre en casi todas sus novelas). Un editorial del «Times», de Londres, explica también el drama de la pobreza actual de los Estados Unidos, que está mucho más desamparada que la pobreza de cuando existía en el país la lucha de clases. Dice el «Times» que si los pobres de los años treinta podían hacer escuchar su voz en la política, y organizarse en sindicatos, los de ahora han quedado demasiado lejos en la organización social como para hacerse oír. «Han sido dejados atrás por los avances sociales e industriales del New Deal». Son los pobres de la guerra fría. Es normal que en la liquidación de la guerra fría reaparezcan, como lo están haciendo.

Las explicaciones oficiales norteamericanas, sin embargo, vienen a coincidir con la doctrina de la sociedad dominante de que estos pobres son, en cierta forma, víctimas de sí mismos. En primer lugar están los negros. Su culpabilidad consiste en ser negros; probablemente no saldrán de su pobreza con el nuevo Plan de Johnson, y tendrán que esperar que se realice la «integración». En segundo lugar están los portorriqueños inmigrantes de su dramático país, pero incapaces de adaptarse por razón de idioma y de temperamento a las condiciones de vida en las ciudades del Norte —y también, sin ninguna duda porque son víctimas de una segregación racial—. En cuanto al «americano puro» el problema es —se dice— que no solamente es un «desempleado» sino que es «inempleable»: es decir, que su pobreza mental o su salud física, la falta de instrucción en una sociedad técnica, le hace imposible para la readaptación.

Podría decirse que si estas premisas fuesen ciertas el problema no tendría solución fuera de la simple caridad, y que los Estados Unidos tendrían que dedicarse a mantener a estos treinta y cinco millones de inútiles teóricos. Naturalmente no pueden ser ciertas. Son muy similares a las que se han empleado tantas veces en términos de colonialismo para anatematizar a ciertos pueblos. Se les acusaba de «ser así», de no querer trabajar, de no tener inteligencia para salir por sí mismos de su torpor: los nuevos tiempos están acabando con esa interesada tesis. (No hay que ir muy lejos a buscar ejemplos: los españoles hemos sido acusados muchas veces de perezosos, de indolentes, de dejarlo todo para mañana... Hemos sido víctimas de una discriminación que no se ha molestado mucho en comprender las razones profundas por las cuales el español —o el africano o el hindú— tenía tendencia a repudiar el trabajo: porque el esfuerzo que se le exigía no estaba en proporción a como se le retribuía y, por lo tanto, se veía obligado a regatear el esfuerzo). Sin duda, Johnson —y si no él mismo, el programa esbozado por Kennedy— ha advertido este paralelo de situaciones, porque una base del nuevo programa consiste en la aplicación de una modalidad creada para los países subdesarrollados: la de los «Cuerpos de la Paz»; aunque, naturalmente con otro nombre, puesto que el otro estaba creado por razones de propaganda anticomunista que no se pueden aplicar en el interior de los Estados Unidos. El nuevo cuerpo se llamará «Voluntarios para América», y estará destinado a crear fuentes de trabajo para los inadaptados. Los voluntarios no cobrarán más que lo suficiente para mantenerse. Distribuidos en 100 campamentos por todo el país agruparán 100.000 jóvenes que realizarán trabajos de readaptación a la sociedad. Por otra parte, el Ministerio de Trabajo creará un programa de obras capaz de emplear a 200.000 muchachos y muchachas entre dieciséis y veintidós años. Un tercer programa procurará trabajos a tiempo reducido a jóvenes que al mismo tiempo puedan cursar estudios porque su capacidad mental lo permita así: unos 140.000. Todo este esfuerzo, sin embargo,

sólo será útil para algo menos de medio millón de personas: muy escaso comparado con los 35.000.000 de indigentes. Claro es que se refiere sólo a los jóvenes, y especialmente a los más capacitados. Para los demás se trata de crear programas locales, especialmente en trabajos agrícolas, incluso facilitando préstamos para que los agricultores empobrecidos puedan adquirir tierras. Probablemente el programa no es todo lo amplio que sería necesario, ni los créditos solicitados, inferiores a los mil millones de dólares, sean suficientes. Pero, sin duda, no se trata más que de un principio.

Johnson ha explicado bien la circunstancia en una frase de su discurso: «En muchas ocasiones históricas el Presidente se ha dirigido al Congreso para pedirle autoridad para actuar contra fuerzas que amenazaban el bienestar de nuestro país. Esta es una de ellas. En ocasiones parecidas, en el pasado, nos hemos movilizado para combatir contra enemigos del exterior que amenazaban nuestra libertad. Hoy nos movilizamos para declarar la guerra a un enemigo interior que amenaza la fortaleza de nuestro país y el bienestar de nuestro pueblo».

Es decir, que los beneficios del deshielo comienzan a alcanzar también a los pobres de los Estados Unidos.

LA POBREZA EN U.S.A.

Uno de los libros en que Eduardo Haro Tecglén apoya el análisis del tema que arriba desarrolla, es el «best-seller» titulado «La cultura de la pobreza en los Estados Unidos», original del investigador norteamericano Michael Harrington, obra que en breve aparecerá en España, editada y distribuida por el Fondo de Cultura Económica. En uno de nuestros próximos números iniciaremos la publicación, con carácter de exclusiva, de varios capítulos de este libro apasionante que ha venido a iluminar el submundo económico de la nación más rica de la tierra, en una descripción a la vez analítica y periodística.